

# EL MUNDO

Miércoles, 7 de enero de 2004. Año XV. Número: 5.143.

## OPINION

### TRIBUNA LIBRE

## Letizia, Rouco y los matrimonios gays

JUAN ANTONIO HERRERO BRASAS

Dada la curiosa coincidencia de las festividades de la Sagrada Familia y de los Santos Inocentes, hubo quienes por un momento creyeron que el papable Rouco Varela estaba demostrando un pérfido sentido del humor cuando el 28 de diciembre sugirió en la Catedral de la Almudena que de aprobarse los matrimonios (uniones legales en general) entre personas del mismo sexo se hundiría la Seguridad Social. «Menuda inocentada la del monseñor», comentaba Beatriz Gimeno, presidenta de la Federación Estatal de Lesbianas y Gays. A lo que añadía indignada que declaraciones incendiarias como esa sólo contribuyen a generar un mayor antagonismo en el mundo gay hacia la Iglesia. Ejemplo anecdótico pero significativo del antagonismo que alimentan tales declaraciones es el cartel que, con motivo de otro generoso cumplido del cardenal Ratzinger hacia los homosexuales, la conocida activista y empresaria Mili Hernández colocó hace algunos meses en su emblemática librería Berkana. En él declaraba a «esa secta denominada Iglesia católica» presencia non grata en su establecimiento.

Sugerir que no se debe autorizar el matrimonio entre personas del mismo sexo ni otras uniones paramatrimoniales porque ello tendrá un efecto económico negativo es mal argumento, tanto en sentido filosófico como moral. Lo que plantea el obispo no es si estamos o no ante una cuestión de debida justicia, sino cuánto nos va a costar. Se trata de un argumento puramente táctico, oportunista y utilitarista. Eso en cuanto a la forma misma del argumento. Pero también el contenido del mismo es engañoso y demagógico. No sé qué gabinete de economistas habrá asesorado al arzobispo para hacer tales predicciones sobre el futuro de la Seguridad Social. Se trata, para ser preciso, de especulaciones sin fundamento que, de un modo igualmente irresponsable, fueron ya lanzadas en su momento por los sectores más reaccionarios de la sociedad norteamericana.

Rouco Varela añadió emoción a su homilía del Día de los Inocentes con otras apocalípticas observaciones sobre el desastre social y sufrimientos que, según él, está causando en algunas sociedades la equiparación legal de esas uniones «incapaces por naturaleza de tener hijos». Esperemos que el señor obispo dé ejemplo de su convencimiento y anule los numerosos matrimonios de los que por edad o por condicionamientos físicos se sabía de antemano que no podrían

procrear.

Pero la auténtica guinda la pone el arzobispo en una frase, gramaticalmente difícil de entender, en que parece sugerir que las relaciones de gays y lesbianas se reducen meramente a contactos sexuales. Monseñor Rouco no ve necesidad de hacer distinciones: hay heterosexuales buenos, heterosexuales malos (hedonistas), y luego lo peor de lo peor, los homosexuales, en los que no hay amor sino puro hedonismo. Y tal proceso de degradación lo ve como impulsado por una publicidad inmoral.

A las declaraciones del arzobispo parece subyacer la errónea convicción de que la autorización del matrimonio entre personas del mismo sexo sería una incitación a la homosexualidad. No ha caído en la cuenta Monseñor Rouco Varela de que si el medio social o cultural tuviera alguna influencia sobre la orientación sexual simplemente no habría homosexuales, pues todos viven sometidos a la más brutal carga de heterosexualismo medioambiental desde su niñez. Por la misma razón, el ser gay o heterosexual no es una elección ni una preferencia. Si lo fuera tampoco habría homosexuales. Y ello no porque, como quizá complacientemente piense el señor obispo, haya algo intrínsecamente malo o «desordenado» en la homosexualidad, sino porque tan sólo un suicida o un mártir de vocación querría ser judío en la Alemania nazi o negro en una sociedad salvajemente racista... U homosexual en una sociedad ferozmente homofóbica, como lo es la nuestra.

Las manifestaciones de homofobia social y cultural son aún hoy continuas. Sin ir más lejos, al comienzo del especial Fin de Año de TVE1, la cadena pública de televisión, un par de parodiantes lanzaron el más grosero epíteto contra los gays. En un momento tan señalado, en que todas las televisiones están encendidas, miles de hombres, una vez más, hubieron de sufrir en silencio la vergüenza y el oprobio de ser humillados ante sus propias familias, públicamente y para regocijo general. Pues fíjese, señor obispo, a pesar de esa represión social, que usted tan gustosamente contribuye a fomentar, hay gays y lesbianas, y muchos. Saque usted sus propias conclusiones.

Llama la atención que el cardenal pase por alto el valor relacional de la sexualidad en cualquier vida de pareja, aún cuando el propósito procreador no esté presente. Y digo que llama la atención porque es la misma Iglesia, en la famosa encíclica Humanae Vitae, la que aconseja «el uso regular de la facultad sexual» en la pareja sin propósito procreativo, con el único objeto de mantener la fidelidad y alimentar el sentimiento de unión.

Puestos a ello, el análisis de la actitud de la jerarquía católica ante el matrimonio gay nos lleva aún más lejos. Veamos. La Iglesia técnicamente sólo reconoce como auténtico el matrimonio canónico, sacramental, y a ello sin duda está en su derecho. Ocurre, por otra parte, que los gays y lesbianas no están reclamando tal tipo de matrimonio, impensable en las condiciones actuales, sino sólo su derecho al matrimonio civil. Este último, desde la

perspectiva eclesiástica, no es más que una fórmula jurídica más, sin trascendencia religiosa. Así lo demuestra más allá de toda duda el hecho de que la Iglesia no pondrá impedimento al matrimonio sacramental de Letizia Ortiz, la prometida del príncipe, pese a que estuvo casada por lo civil y se divorció. Si el matrimonio civil y el divorcio de Letizia no tienen validez alguna a los ojos de la Iglesia, cabe preguntarse a qué se debe esta batalla por impedir a toda costa la autorización del matrimonio civil para gays y lesbianas.

Como buen devoto y aliado, el ministro de Trabajo aprovechó la primera ocasión que tuvo para hacer unas declaraciones en perfecta consonancia con las del obispo. Beatriz Gimeno, Mili Hernández y otros activistas están empezando a contemplar seriamente una campaña de insumisión fiscal, ya que entienden que sin igualdad de derechos no puede haber igualdad de obligaciones. No me cabe duda de que si tal campaña fuera llevada a cabo seriamente por los ya numerosos gays y lesbianas que luchan por su igualdad en este país, ello tendría más efecto sobre la economía que todos los matrimonios gays que pueda haber en años. Algo muy simple que el obispo, el ministro y otros que piensan como ellos, en su cruel indiferencia se resisten a entender es que para un grupo social castigado tradicionalmente de un modo tan injusto y brutal como es el de los homosexuales, el matrimonio civil representa ante todo una posibilidad de estabilizar sus vidas y sus relaciones, que son tan humanas y tan dignas como las de los demás.

Yo sugeriría a Monseñor Rouco Varela y a quienes comparten sus prejuicios homofóbicos que hagan unos ejercicios espirituales. No los tradicionales de San Ignacio, sino otros consistentes en ponerse momentáneamente en el lugar de esas personas a quienes tanto hacen sufrir con sus demagógicas declaraciones. Si carecen de capacidad para hacerlo mediante un esfuerzo de imaginación, les recomiendo que lean, por ejemplo, *Secretos a Gritos*, una interesante colección de testimonios personales editada por Marcos Benítez y Paul van Scherpenzeel, redactor de la revista *Zero*. El recién publicado libro contiene, entre otras, una colaboración del teniente coronel Sánchez Silva, un emotivo y estremecedor testimonio de carácter biográfico capaz de punzar en el corazón de quien no esté completamente cegado por el prejuicio.

Precisamente el teniente coronel Sánchez Silva, que dio el campanazo en el año 2000 con su salida del armario en la portada de la revista *Zero*, y lo volvió a dar hace unos meses con su denuncia de un hospital militar que clasificaba a los homosexuales como enfermos, podría dar aún el tercer campanazo. Su querrela contra otro militar de alta graduación, que el juez instructor ha admitido a trámite como posible delito (véase *EL MUNDO*, 13 de diciembre), de resolverse en sentencia condenatoria para el acusado, podría traer cola, mucha más de lo que el Ejército seguramente se imagina. Lo bueno es que ello tendrá sin duda un saludable efecto aleccionador para ministros, obispos y para chistosos baratos, y para la cultura represiva que representan.

**Juan A. Herrero Brasas es profesor de Ética en la Universidad del Estado de California y autor del libro «La Sociedad Gay»**